

1. DE QUÉ ESTAMOS HABLANDO

HAY dos formas de entender este asunto. Uno puede pensar que ser de derechas es una opción coyuntural y relativa, orientada a gestionar de una determinada manera —reformista, moderada— una realidad que viene dada de antemano, creada por otros, predefinida, y que no hay que cambiar en absoluto. Para quien piense así, ser de derechas no es otra cosa que preocuparse por la correcta gestión técnica de determinados intereses, sin duda legítimos. En esta perspectiva, cualquier invocación de principios trascendentes sería algo sumamente inoportuno. Ésta es, en general, la actitud de la derecha política española. Y para quien así piense, este libro parecerá escrito por un marciano.

Pero hay otra manera de ver las cosas. Es la que consiste en creer que ser de derechas no es sólo una posición relativa y coyuntural, sino que se trata de una opción que lleva implícita la defensa de principios e ideas concretos, racionales y razonables, que es posible explicar y aplicar a la vida colectiva. Principios e ideas, naturalmente, que pueden cambiar según los tiempos y los lugares, pero cuya genealogía es posible trazar y cuya sustancia siempre es la misma. Es esa sustancia la que hace posible definir a una derecha (o varias). No sólo por oposición a una izquierda (o varias), sino por sí misma, como una categoría específica. Ése es el ámbito de este libro.

Y bien: así las cosas, ¿qué quiere decir «ser de derechas»? Porque hoy, en España, uno busca a la derecha y se diría que no está: se ha ido o, más precisamente, se ha perdido. ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Y dónde se ha escondido? A lo largo de más de doscientos años, la derecha ha evolucionado mucho; incluso más que la izquierda. Pero ¿qué es lo que hace que podamos seguir hablando de derecha? ¿Qué significa realmente ser de derechas? ¿Es precio ser liberal, o cristiano, o conservador? ¿Qué pinta Franco en todo esto? ¿Y por qué los políticos —no sólo españoles— tienen pavor a que se les llame «de derechas», si tanta gente lo es? ¿Por qué ahora todo el mundo dice que es «de centro»? ¿Es posible seguir diciéndose «de derecha» cuando la práctica política de eso que se llama «derecha» se ha alejado tanto de cualquier contenido propiamente ideológico? En otros términos: ¿es posible seguir vindicando una derecha de las ideas, una derecha-valor, cuando tal cosa ha quedado, si no del todo borrada, sí patentemente difuminada por la experiencia política de la propia derecha, de la derecha-poder? De eso se trata.

Nada más desagradable que concebir un ensayo como si fuera una novela policiaca: guardando el misterio para el final. Adelantemos, pues, la conclusión, para que sepa usted a qué atenerse. La tesis de este libro es la siguiente: eso que en política se llama *derecha* ha llegado a un punto en el que ya no es capaz de defender posiciones propiamente de derecha. Más aún: la derecha política, la derecha-poder, ha llegado a convertirse en defensora y promotora de posiciones que van contra los principios generales de lo que, tradicionalmente, se ha llamado derecha en el plano de las ideas. El mundo soñado hoy por la mayor parte de los partidos llamados «de derecha» tiene muy poco que ver con lo que la derecha ha sido y es. Los principios tradicionales de la derecha han dejado de estar representados por los partidos considerados «de derecha». Esto no pasa sólo en España, pero entre nosotros sucede de una manera especialmente visible.

Un poco de atención al caso español: España es el país de Europa donde más dificultades tiene la derecha para llegar al poder. La si-

tuación es tan dramática que numerosos «cerebros» de la derecha política han llegado a la conclusión de que, para ganar, la derecha tiene que parecer un poco de izquierdas. Seguramente no es un cálculo equivocado, pero sus resultados a largo plazo son simplemente suicidas: como tal posición implica aceptar de entrada que «no es presentable ser de derechas», fingirse de izquierda para llegar al poder hoy es tanto como cerrarse el camino para repetir el día de mañana. En este caso, la resignación es una vía infalible para la rendición y la derrota.

Ahora bien, si la derecha española tiene dificultades permanentes para gobernar es por dos razones muy concretas. Una obedece a la organización territorial vigente desde la transición, a saber: en dos regiones tan significativas como Cataluña y el País Vasco, el cuerpo social de la derecha no está representado por la derecha nacional, española, sino por sendas derechas locales con reconocidas aspiraciones secesionistas, a las que el Estado entregó literalmente el poder desde 1978. Eso hace que la obtención de una mayoría política sea aritméticamente muy difícil para la derecha nacional (para la derecha y para la izquierda: de hecho, el socialismo español debe humillarse continuamente ante sus correligionarios catalanes para mantener la mayoría; bien es cierto que el PSOE, con su acreditada relajación de principios, no ha tenido el menor empacho en hacerlo e incluso en abanderar el ritual). Este *handicap* de la derecha española bebe en causas históricas y políticas bien conocidas y que no es el caso traer aquí; limitémonos a consignar que una reforma de la ley electoral sería suficiente para solucionar el problema.

Pero la segunda razón por la que la derecha española tiene dificultades especiales para gobernar es algo más compleja: se trata del largo proceso de deslegitimación de los principios y valores de la derecha que nuestra sociedad vive desde hace varios decenios. Y esto ya nos afecta algo más directamente, porque significa que, incluso en el caso de que la derecha obtuviera una holgada mayoría electoral, quedaría condenada a ser minoría ideológica. De hecho, aquí ya ha pasado una vez. Y hace muy poco.

Esto, por lo que concierne al caso español. La primera causa es específicamente nuestra; la otra es más general, aunque también en el caso español presenta singularidades importantes. El hecho es que, entre unas cosas y otras, la derecha se ha perdido. Y la gente de derechas, más.

Veámoslo de este otro modo. Hay una cierta *cultura de derecha*, una cierta forma de ver el mundo que en la tradición política europea de los dos últimos siglos se ha llamado «de derecha». Esa cultura de derecha se basa en principios más o menos elásticos según el tiempo y el lugar, pero en todo caso identificables y hasta cierto punto permanentes: la propiedad (no sólo económica), la familia, la tradición, el orden, la religión, la libertad personal concreta frente al orden social abstracto, lo espiritual frente a lo material, etc. La cuestión es que los grandes partidos políticos de la derecha occidental, que deberían ser la encarnación ejecutiva de esos principios, ya no se reconocen en ellos, más aún: actúan contra ellos al auspiciar un modelo de sociedad letal para todas esas cosas. Bajemos a ras de suelo: ¿Alguien está realmente en condiciones de decir, sin prorrumpir en risotadas, que un partido como el Partido Popular defiende inequívocamente en España la tradición, la familia, la religión, la patria, etc.?

A partir de aquí, se abre un abanico de preguntas a las que es necesario contestar. La primera, naturalmente, es cómo hemos llegado hasta aquí. Pero responder a eso exige a su vez hacer otras preguntas que son las que vertebran estas páginas. Una: ¿qué estamos entendiendo exactamente por «derecha»? Dos: esa derecha, ¿es una o son muchas? Y si son muchas, ¿qué es lo que permite atribuirles una etiqueta común? Y esas cualidades genéricas, ¿son permanentes, es decir, estables en el tiempo, o más bien cambian según las épocas y los lugares? Porque, por poner un ejemplo socorrido, un liberal de hoy no es lo mismo que un liberal de principios del siglo XIX, y tampoco es lo mismo un liberal norteamericano que uno escandinavo. Y más aún: ¿no será que, en el fondo, eso que se llama «derecha» ya no tiene razón de ser, como piensa tanta gente dentro de la propia derecha?

Como estas cosas son evidentes en sus manifestaciones, pero no en su origen ni en su desarrollo, es preciso salir en su búsqueda. Por eso este libro se llama *En busca de la derecha (perdida)*. La búsqueda consistirá en aclarar conceptos, identificar procesos históricos y examinar las etapas del camino que nos ha traído hasta aquí. Y una vez trazado el recorrido, habrá que preguntarse si existe una vía para salir adelante. O no.

Aviso para navegantes: este no es un libro de política cotidiana, sino de ideas y conceptos y principios. O sea que nadie hallará aquí esos fulanismos que a diario llenan los periódicos y que tantas pasiones (efímeras) levantan. Menos aún encontrará los habituales cotilleos sobre el mundo del poder. Vaya esto como advertencia —o, si se prefiere, como disculpa— para quien quiera encontrar aquí páginas escritas bajo la presión de acontecimientos políticos demasiado inminentes. No hay tales páginas ni tal presión. Éste no es un libro de actualidad; no al menos en el sentido de lo que mañana ya será agua pasada —toda actualidad es una caducidad. La política cotidiana sirve aquí para aportar ejemplos al análisis, pero poco más. Quien busque ese tipo de emociones, tiene a su disposición otras fuentes.

Y aviso para guardacostas: estas páginas están escritas por un tipo que ha dejado de reconocerse en la derecha política, pero que se siente parte de esa «cultura de derecha» de la que hablábamos al principio. Los textos contenidos en este libro son fruto de reflexiones prolongadas durante varios años. Varios años de compromiso ideológico y hasta de militancia intelectual en eso que se llama «derecha». Vale decir: el que esto suscribe es, pese a todo, de derechas, aunque sea de manera agónica y cascarrabias. Y dicho sea en primera persona del singular: no me siento culpable por ello. Más todavía: sigo pensando que el que tiene razón soy yo, y que el que está equivocado es el vecino de la otra orilla del río. Así que nadie busque aquí una exploración neutral; sería muy poco honesto mantener el equívoco sobre este punto.

Como éste es un libro de ideas, podemos dar por sentado que los profesionales de la política no lo leerán. Da igual: que sigan con sus periódicos. Lo que este libro intenta es dirigirse al español medio de derechas y proponerle un recorrido por su propio interior. Cada desacuerdo del lector con lo que vaya leyendo le ayudará incluso más que cada coincidencia. Veremos dónde estamos y por qué. Repasaremos las cosas que hemos ido dejando atrás como quien recorre una galería de retratos de antepasados. Y al final veremos de qué color podemos pintar hoy las habitaciones de la vieja casa. Pero empecemos por el principio: el aquí y ahora. La derecha en España, hoy.

2. LA SOMBRA DEL AZNARATO: MORIR DE ÉXITO

EN algún lugar del *Fausto* de Goethe dice Mefistófeles que está bien poetizar sobre las nubes, pero que las manzanas hay que morderlas. No se puede hablar de ideas políticas olvidando la realidad inmediata. Y la realidad inmediata de la derecha española es el periodo Aznar: los años de gobierno entre 1996 y 2004. Porque en esos años se concitaron lo mejor y lo peor de la derecha española. Y también porque a esos años se remonta el sorprendente hecho de que hoy, en España, no exista una derecha dispuesta a decir su nombre.

El periodo Aznar fue el más largo de gobierno de la derecha española en un contexto democrático. Pero lo fue a costa de una expresa renuncia previa a ejercer una dirección ideológica sobre la vida política y social. Hay una célebre frase del propio Aznar, dirigida a un conspicuo grupo de «intelectuales-y-artistas», pocos meses antes de ganar sus primeras elecciones generales: «El Gobierno del Partido Popular no tendrá, en tanto que tal, ningún a priori conceptual ni estético». Esa frase, pronunciada en un momento en que el poder era ya una realidad al alcance de la mano, fue premonitoria y al mismo tiempo encerraba en sí todo un programa de acción y, sobre todo, de omisión. Por un lado, ofrecía un pacto explícito a un país en cuya cultura política el término «derecha» seguía actuando como sambenito infamante: «Si me dais el poder —venía a decir

Aznar—, no seré quien soy, sino quien vosotros queráis que yo sea». Por otro, se comprometía implícitamente a separar con nitidez la tarea del Gobierno y la tarea del Partido. Esto es notable, porque un partido se construye, por definición, sobre la base de «aprioris» conceptuales —y consecuentemente, estéticos—, pero si el Gobierno de ese partido se compromete a no tenerlos, entonces eso significa que la función del Gobierno se circunscribirá a la gestión de una realidad dada sin ceder a la tentación de organizarla según criterios ideológicos. O sea que en aquella frase de Aznar se contenía una promesa de inhibición ideológica a cambio del poder. Y eso fue lo que ocurrió.

Hay que situarse en 1996 para entender los motivos que movieron a adoptar una actitud de ese género. Tampoco sería justo ahorrarle méritos. Nadie que haya experimentado la descomposición galopante de la España de aquel tiempo —el descrédito del Estado, la corrupción del partido (socialista) que lo había sustentado durante casi catorce años, la economía desquiciada, la política social bajo cero— podrá formular el menor reproche a quien ofreció una alternativa a costa de renunciar a sus propias aspiraciones. Incluso es posible ver en tal renuncia una forma elemental de patriotismo. E igualmente justo es reconocer los logros que esta «política inhibida» trajo consigo, particularmente en términos de recuperación económica y de consolidación de las garantías sociales. La inhibición, por otro lado, no afectó a lo que, en el corto plazo, era más importante: un compromiso claro y sin fisuras frente al terrorismo y, secundariamente, frente al nacionalismo separatista, que por primera vez desde 1975 encontraron frente a sí una neta oposición en términos de Estado. Del mismo modo, se dieron pasos decididos en apuestas elementales de la política internacional, como la búsqueda de una cierta fortaleza en la Europa comunitaria o la no exenta de riesgos presencia empresarial en Iberoamérica. En este contexto, no yerra quien ve en Aznar al mejor estadista de la derecha democrática española desde la restauración alfonsina.

Pero todo ello no obsta para constatar que la inhibición inaugural del Partido Popular en materia de cultura política y social (y también de política cultural) terminó desarticulando las posibilidades de la derecha para expresarse como opción ideológica coherente. Esa fue la razón de que los gobiernos del PP, en su ambición de desprenderse de la etiqueta «conservador», terminaran renunciado a conservar incluso aquellas cosas que habrían deseado conservar quienes no se definen como conservadores: cierta identidad cultural autóctona, cierto sentido del deber social, cierta idea de comunidad nacional... Bastan pocos ejemplos para comprobar que los sucesivos gobiernos Aznar apostaron por una suerte de perfil tecnocrático cuya consecuencia, a muy corto plazo, fue la extinción de todo referente ideológico. O más exactamente: la elevación de la pura tecnocracia a ideología única en la derecha-poder.

Así, en una polémica sustancial como la del aborto, los gobiernos Aznar se limitaron a una renuencia técnico-jurídica que logró detener la ampliación formal de los supuestos de despenalización del mismo, pero mientras se consentía de hecho la ampliación elástica de los supuestos legales vigentes hasta el punto de que en ellos cupo cualquier interrupción voluntaria del embarazo. No hubo un reconocimiento legal del «aborto libre», pero tampoco era preciso, pues el aborto ya se convirtió, en la realidad de los hechos, en una práctica libre.

Tomemos otra polémica igualmente sustancial: la de la inmigración. Aquí los sucesivos gobiernos Aznar dejaron de lado cualquier consideración cultural o social y circunscribieron el asunto a una mera cuestión técnica: cuántos inmigrantes caben y en qué condiciones laborales, todo ello en nombre de la capacidad del «mercado del trabajo» para absorber nueva mano de obra. La cuestión —verdaderamente capital— de si una sociedad puede permitirse ver súbitamente variada su composición cultural, con los consiguientes efectos sobre la convivencia cívica, sencillamente no fue planteada. ¿Por qué? Porque no era susceptible de respuestas técnicas y administrativas, sino que esa pregunta necesitaba una respuesta ideológica.

Esa misma superstición del «mercado de trabajo» como guía y faro de cualquier decisión social movió otra de las medidas problemáticas de los gobiernos Aznar: la ayuda económica a las madres que trabajan por cuenta ajena, en clara discriminación de las madres de familia que no trabajan fuera del hogar. Era una medida absolutamente transparente: a la hora de optar por un modelo de organización de la sociedad, el concepto de familia pasaba a ocupar un segundo plano en provecho del mercado de trabajo. Una medida de este carácter no estaba destinada a potenciar la familia, como lo hubiera conseguido el ayudar a uno de los cónyuges a que permanezca en casa, sino que su objetivo era estimular la incorporación al «mercado de trabajo» y, complementariamente, consolidar el aparato de asistencia estatal a la infancia o a la tercera edad, que reemplaza a la familia en la satisfacción de esas necesidades domésticas. Y es que, para los gobiernos Aznar, el aparato técnico-económico del Estado se convirtió en el referente central de la organización social, en detrimento de las unidades naturales. En ese sentido, la derecha española no hacía sino prolongar —y con mejores resultados, además de mayor coherencia— la utopía socialdemócrata.

Un último ejemplo: las ayudas a la creación cultural. Frente al intervencionismo sectario de los socialistas españoles, la doctrina centro-reformista consistió en promover con el dinero público no a la creación, sino al sector que crea. Así se dotó de un carácter aparentemente neutro a unas comisiones de ayudas compuestas por «expertos» ajenos al Gobierno, y donde la representación del Estado era minoritaria, que atribuían el dinero público a festivales de cine, teatro y música, o a determinadas editoriales o a ciertas producciones cinematográficas, con absoluta inhibición sobre cuál fuera el resultado final en términos estéticos. ¿Dónde está el problema? En que este sistema, a la postre, no consiguió sino perpetuar el mandarinato de las elites culturales crecidas al amparo del socialismo durante la década anterior, pues son ellas quienes proveen al Estado de los «expertos» que determinan qué sector es digno de ayuda.

Así la política cultural de la derecha terminó sosteniendo el tipo de creación cultural que caracterizó al periodo socialista, con su conocida tendencia al nihilismo y a la provocación so pretexto de vanguardia. Una vez más, la neutralidad técnica se impuso sobre la coherencia ideológica.

Podríamos multiplicar los ejemplos hasta el infinito: la actitud de los gobiernos Aznar hacia la reivindicación de las llamadas «parejas de hecho», donde no fueron capaces de explicar por qué una sociedad no puede aspirar a una conformación estable si se construye sobre formas de convivencia deliberadamente inestables; la actitud hacia la crisis del servicio militar, cuya extinción, promovida y ejecutada en esos años, no fue sustituida por una adecuada política de promoción del oficio militar, con letales consecuencias para las Fuerzas Armadas; la política de medios de comunicación audiovisuales, donde el concepto de servicio público retrocedió en favor de la simple libertad de mercado, y así un largo etcétera que, en todos los casos, apunta hacia lo mismo, a saber, la sustitución de criterios ideológicos por criterios técnicos o, si se prefiere, la elevación de los criterios técnicos a único referente —a único a priori conceptual y estético— válido y aceptable. Y así la derecha-valor dejó de existir por causa de la derecha-poder.

Ocho años de gobierno de la derecha culminaron la desarticulación de la derecha española como opción ideológica reconocible. Y ello, todo sea dicho, sin crear gran conmoción entre sus propios sectores sociales, ni siquiera entre los más concienciados. Esto también fue muy significativo: no hubo una oposición de derecha a la derecha, una oposición de la derecha-valor que pudiera actuar ideológicamente sobre la derecha-poder. Ni siquiera en las áreas radicales de la derecha, que durante todo este tiempo oscilaron entre la fascinación necia por los «logros» del populismo austríaco o francés y la resurrección artificial del lenguaje de la trinchera y la Cruzada.

Ahora bien, quizá lo más importante es que todo esto que ha pasado en España, esta desaparición de la derecha-valor en provecho

de una derecha-poder que ha dejado atrás sus convicciones, no ha ocurrido sólo aquí. Miremos donde miremos a nuestro alrededor, encontraremos el mismo proceso: en Francia, en Alemania, en Gran Bretaña e incluso en Italia, donde la derecha-poder frustró muy rápidamente las expectativas suscitadas en la derecha-valor por el hundimiento de la República partitocrática. La extinción de los referentes ideológicos clásicos de la derecha es un fenómeno generalizado, en absoluto limitado a un solo país. Y, por cierto, tampoco limitado a la derecha: casi lo mismo que hemos escrito sobre la derecha-valor podría reproducirse, palabra por palabra, sobre una izquierda-valor que, al transformarse en izquierda-poder, se ha visto obligada a girar hacia políticas tecnocráticas de «centro» mientras, para consolar su mala conciencia, se entregaba a cultivar banderas de revolución infantil que en la práctica se traducen en un simple nihilismo social. No es un azar que los mismos partidos de izquierda que pactan con las grandes empresas multinacionales los precios de la energía eléctrica o el levantamiento del veto a la experimentación con embriones vengan, al mismo tiempo, a expresar su simpatía sentimental por los movimientos anti-globalización, esa olla hirviendo de la que aún nadie sabe qué puede salir, pero cuyo talante contestatario satisface las frustraciones de una izquierda-poder que ya es incapaz de *contestar*. Pero esto es otra historia.

Aquí hablaremos de la derecha. Y nuestra tesis es que la derecha se ha perdido; que no está; que es, propiamente hablando, una derecha perdida. Por eso la derecha, al llegar al Gobierno, no ha sabido —ni, probablemente, querido— proyectar una ideología de derecha. Por las mismas razones no ha habido una oposición de derecha al gobierno de la derecha, una oposición de la derecha-valor a la derecha-poder. Y por eso, en fin, quien se sienta «de derecha», si tal sentimiento es aún posible, tendrá que preguntarse qué quiere decir con esa definición.